







Supongo que debería comenzar por una noche en particular, cuando las cosas en mi vida se desestabilizaron. Mi mujer, que había logrado dormir a los mellizos, apareció a mi lado en la cocina mientras yo lavaba los platos de la cena. Dijo: Marcos, debo confesarte algo. La gravedad de la frase me desconcertó, aunque no la interrumpí y me sequé las manos en las perneras del pantalón. Nos sentamos uno frente al otro en una mesa pintada con albayalde que tenemos junto a la ventana. Por un momento, no sé por qué, intuí una noticia nefasta sobre las criaturas, alguna grave enfermedad, pero una vez en la silla y con apenas un hilo de voz, mi mujer me informó que hacía un tiempo se sentía inusualmente en celo. Ardía de deseo incluso en los momentos más inoportunos y, no obstante, mi presencia le repelía. No es tu culpa, dijo, pero debes saber que estuve con otros hombres, no sé cuántos. Acto seguido trató de tocarme las manos. Incrédulo y asqueado, aparté las mías y apenas pude percibir la perturbación en el aire que produjeron nuestros movimientos. Recuerdo haberme frotado las cejas con las yemas de los dedos y luego, muy nervioso, regar las plantas que teníamos dispuestas sobre el alfeizar. Desde la mesa, mi mujer volvió a hablar, esta vez con más firmeza: Vas a ahogarlas. No supe cómo responderle y volví a sentarme. Me temblaban las piernas y sentía la lengua dura y recogida, como si tuviera un trozo de madera atorado

en la garganta. Aquella noche, en todo caso, ella se encerró en la habitación de los niños. Yo no fui capaz de moverme de la cocina, pues me había transmitido algo terrible con su voz, el despertar de un eco sombrío en mi naturaleza más íntima. En ese instante nuestro matrimonio se me presentó como un malentendido que habíamos pasado por alto demasiado tiempo. Me habían sobrecogido las palabras que escogió para plantearme la situación, las pausas entre una frase y otra y la mirada ausente que la acompañó mientras hablaba. El deterioro sentimental de la relación era evidente, es cierto, pero no estaba preparado para que me abordara de esa forma y menos aun cuando nos habíamos convertido en padres tan recientemente.

Por supuesto, desde que mi mujer me hizo la confesión decidí no volver a tocarla. Con el correr de los días comenzamos a interactuar con una cordialidad cada vez más medida e impersonal. Nos habíamos convertido en dos elementos que orbitaban uno en torno al otro sin llegar a intimar. Al percatarse de que ya no iba a la cama con ella, despertaba en la madrugada y aparecía en el estudio, donde por lo habitual yo fingía corregir los trabajos de mis alumnos. Entonces recorría mi cabeza con sus dedos fríos y finos, y volvía al cuarto sin decir una sola palabra. Su condescendencia fantasmal en el silencio de la noche me infundía terror y quizá por eso era incapaz exigirle ex-

\* Cuento publicado en *La fiesta del Cañaveral* (2018).